

Introducción

¿Son todos populistas?

En Estados Unidos, ninguna campaña electoral que se recuerde vio tantas invocaciones al “populismo” como la que transcurrió en 2015 y 2016. Tanto a Donald Trump como a Bernie Sanders se les ha denominado “populistas”. El término se utiliza regularmente como sinónimo de “antisistema”, al parecer sin tener en cuenta ideas políticas específicas; a diferencia de la actitud, el contenido simplemente pareciera no tener importancia. Así, el término también se asocia sobre todo con determinados estados de ánimo y emociones: los populistas están “furiosos”; sus votantes están “frustrados” o sufren de “resentimiento”. Existen aseveraciones similares acerca de algunos líderes políticos europeos y sus seguidores: Marine Le Pen y Geert Wilders, por ejemplo, a menudo son calificados de populistas. Es claro que ambos políticos son de derecha, pero, así como en el fenómeno Sanders, también a los insurgentes de izquierda se les denomina populistas: Grecia tiene a Syriza, una alianza de izquierda que asumió el poder en enero de 2015, y España cuenta con Podemos, que comparte con Syriza una fundamental oposición a las políticas de austeridad de Angela Merkel ante la crisis del euro. Ambos —especialmente Podemos— hacen hincapié en la inspiración que les produce lo que se denomina comúnmente como la “ola rosa” en América Latina: el éxito de líderes populistas como Rafael

Correa, Evo Morales y, sobre todo, Hugo Chávez. Pero, ¿qué tienen en común todos estos actores políticos? Si, con Hannah Arendt, consideramos que el juicio político es la capacidad de establecer las debidas distinciones, la extendida amalgama de derecha e izquierda al hablar sobre el populismo debería hacernos reflexionar. ¿Acaso constituirá un fracaso del juicio político la popularidad con que se diagnostica con “populismo” a toda clase de fenómenos distintos?

Este libro comienza con la observación de que, a pesar de todo lo que se habla sobre el populismo (el politólogo búlgaro Ivan Krastev, uno de los más agudos analistas de la vida democrática actual, incluso ha llamado a nuestra época una “era del populismo”), difícilmente sabemos de qué estamos hablando.¹ Simplemente no tenemos nada parecido a una *teoría* del populismo y pareciera haber una carencia de criterios coherentes para decidir cuándo es que los políticos se vuelven populistas en algún sentido significativo. A fin de cuentas, todo político —especialmente en las democracias que le prestan mucha atención a las encuestas— desea apelar a “el pueblo”, todos quieren contar un cuento que pueda entender el mayor número de ciudadanos posible, todos quieren sensibilizarse ante la manera de pensar del “pueblo llano” y, en particular, ante su sentir. ¿Será que es populista cualquier político exitoso que no es de nuestro agrado? ¿Acaso la acusación de profesar el “populismo” puede en sí misma ser populista? ¿O al final podrá el populismo ser “la voz auténtica de la democracia”, como sostuvo Christopher Lasch?

Este libro formula tres propuestas para ayudarnos a identificar el populismo y a lidiar con él. Primero, quiero explicar qué tipo de político califica como populista. Sos-tengo que ser *crítico de las élites* es una condición necesi-

ria, mas no suficiente, para poder figurar como populista; de no ser así, cualquiera que criticara el *statu quo*, por ejemplo en Grecia, Italia o Estados Unidos, sería un populista por definición (y, sea lo que pensemos de Syriza, del insurgente Movimiento 5 Stelle [Movimiento 5 Estrellas] de Beppe Grillo o, en tal caso, de Sanders, es difícil negar que sus ataques a las élites a menudo pueden justificarse). Asimismo, si el populismo fuera una mera crítica a las élites existentes, prácticamente todos los candidatos presidenciales en Estados Unidos serían populistas: a fin de cuentas todos van “contra Washington”.

Además de ser antielitistas, los populistas son siempre *antipluralistas*: aseguran que ellos, y sólo ellos, representan al pueblo. Pensemos, por ejemplo, en la declaración que hiciera en un congreso de su partido el presidente turco Recep Tayyip Erdoğan para provocar a sus numerosos críticos internos: “Somos el pueblo. ¿Quiénes son ustedes?” Desde luego sabía que sus opositores también eran turcos. El postulado de representación exclusiva no es empírico; siempre es de marcada naturaleza *moral*. Cuando están en campaña, los populistas retratan a sus rivales políticos como parte de la élite corrupta e inmoral; cuando gobiernan, se niegan a reconocer la legitimidad de cualquier oposición. Esta lógica también implica que quien no apoye a los partidos populistas no puede ser propiamente parte del pueblo —siempre definido como recto y moralmente puro—. En términos llanos, los populistas no afirman “Somos el 99 por ciento”; lo que insinúan en cambio es “Somos el 100 por ciento”

Para los populistas esta identificación siempre funciona: cualquier remanente de la población puede descartarse como inmoral y en absoluto considerarse propiamente una parte del pueblo. Es otra forma de decir que el populis-

mo siempre es *una forma de política identitaria* (aunque no todas las versiones de política identitaria sean populistas). Lo que se deriva de esta interpretación como una forma excluyente de política identitaria es que el populismo tiende a constituir un peligro para la democracia, pues ésta requiere del pluralismo y de que aceptemos que necesitamos encontrar términos justos para vivir juntos como ciudadanos libres e iguales, pero también irreductiblemente diversos. La idea de un único pueblo homogéneo y auténtico es una fantasía (como alguna vez afirmó el filósofo Jürgen Habermas, “el pueblo” sólo puede aparecer en plural),[†] y una fantasía peligrosa, pues los populistas no sólo fomentan el conflicto y alientan la polarización, sino que también tratan a sus opositores políticos como “enemigos del pueblo” y buscan excluirlos del todo.

Esto no quiere decir que todos los populistas enviarán a sus enemigos a un gulag o construirán muros a lo largo de las fronteras de su país, pero el populismo tampoco se limita a una inofensiva campaña retórica o a una mera protesta que se extingue tan pronto como el populista llega al poder. Los populistas pueden gobernar como populistas. Esto va en contra de la sabiduría popular, que sostiene que los partidos populistas contestatarios se anulan a sí mismos una vez que ganan una elección, pues por definición uno no puede ser contestatario de sí mismo en el gobierno. El gobierno populista manifiesta tres aspectos: procura apropiarse del aparato del Estado, recurre a la corrupción y al “clientelismo de masas” —intercambio de beneficios materiales o favores burocráticos a cambio del apoyo político de ciudada-

[†] *The people* es en sí mismo un término plural en el texto original en inglés. [N. de la t.]

nos que se convierten en “clientes” de los populistas— y se esfuerza sistemáticamente por suprimir a la sociedad civil. Desde luego que muchos gobiernos autoritarios harán cosas similares; la diferencia es que los populistas justifican su conducta afirmando que solamente ellos representan al pueblo. Esto les permite admitir sus prácticas de forma relativamente abierta y también explica por qué las revelaciones de corrupción casi nunca parecen herir a los líderes populistas (pensemos en Erdoğan en Turquía o en el populista de extrema derecha, Jörg Haider, en Austria). A ojos de sus seguidores, “lo hacen por nosotros”, el único pueblo verdadero. El segundo capítulo de este libro muestra cómo los populistas incluso escriben constituciones —Venezuela y Hungría son los más claros ejemplos—. Contrario a la imagen de los líderes populistas que prefieren no tener límites y depender de masas desorganizadas a las que interpelan directamente desde el balcón de un palacio presidencial, los populistas a menudo quieren crear restricciones, siempre y cuando funcionen de forma totalmente partidista. En lugar de servir como instrumentos para preservar el pluralismo, aquí las constituciones sirven para eliminarlo.

El tercer capítulo aborda algunas de las causas más profundas del populismo en recientes circunstancias socioeconómicas específicas de Occidente. También plantea la cuestión de cómo es posible dar una respuesta exitosa tanto a los políticos populistas como a sus votantes. Yo rechazo la actitud liberal paternalista que prescribe terapia para los ciudadanos “cuyos miedos y furia deben tomarse en serio”, así como la noción de que los principales actores políticos simplemente deberían copiar las propuestas populistas. El otro extremo —excluir del todo a los populistas del debate— tampoco es una opción viable, pues tan sólo responde

a la voluntad populista de excluir a otros excluyéndolos a ellos. Como alternativa, sugiero algunos términos políticos específicos para confrontar a los populistas.

Hace más de un cuarto de siglo, en Estados Unidos, un funcionario casi desconocido del Departamento de Estado publicó un artículo notable que ha sido ampliamente malinterpretado; el autor era Francis Fukuyama y el título era, por supuesto, “El fin de la historia”. Afirmar con desdén que obviamente la historia no concluyó al terminarse la Guerra Fría ha sido desde hace tiempo un método fácil para aparentar sofisticación intelectual. Pero ciertamente Fukuyama no predijo el fin de todo conflicto; simplemente se había arriesgado a decir que al nivel de las ideas no había más rivales para la democracia liberal. Reconoció que otras ideologías podían gozar de apoyo aquí y allá, y sin embargo mantuvo que ninguna de ellas sería capaz de competir contra el atractivo global de la democracia liberal (y del capitalismo de mercado).

¿Acaso era tan obvia su equivocación? El islamismo radical no es una amenaza ideológica seria al liberalismo. (Aquellos que invocan el espectro del “islamofascismo” nos dicen más sobre su añoranza de unas líneas de batalla claras, comparables a las que prevalecieron durante la Guerra Fría, que sobre las realidades políticas del presente.) Lo que ahora a veces se denomina “modelo chino” de capitalismo controlado por el Estado para algunos naturalmente sirve de inspiración como un nuevo modelo de meritocracia, quizá sobre todo a quienes consideran que tienen los mayores méritos (pensemos en los empresarios de Silicon Valley).² También sirve de inspiración por su récord de sacar a millones de la pobreza —especialmente, mas no sólo, en los países en vías de desarrollo—. Y sin embargo “la de-

mocracia” sigue siendo el mayor premio político, al punto de que los gobiernos autoritarios pagan grandes cantidades de dinero a expertos en cabildeo y en relaciones públicas para asegurarse de que las organizaciones internacionales y las élites occidentales también los reconozcan como genuinas democracias.

Pero no todo va bien para la democracia: el peligro para las democracias actuales no es una vasta ideología que sistemáticamente niegue los ideales democráticos. El peligro es el populismo: una forma degradada de democracia que promete hacer el bien bajo los más altos ideales democráticos (“¡Que el pueblo mande!”). En otras palabras, el peligro viene desde el interior del mundo democrático; los actores políticos que constituyen el peligro hablan el lenguaje de los valores democráticos. Que el resultado final sea una forma de política absolutamente antidemocrática debería perturbarnos a todos y demostrar la necesidad de un juicio político moderado que nos ayude a determinar exactamente dónde termina la democracia y dónde comienza el peligro populista.